

Carta de un Católico Mexicano a un Católico Norteamericano

Esta bella carta de Alfonso Junco ha sido reproducida por las Revistas mexicanas "Ser" y "Hoy" y la "Revista Javeriana" de Bogotá.

La incorporamos al presente número de SIC porque revela una interpretación muy justa y muy americana del discutido concepto "hispanidad", y ofrece una sanísima orientación sobre las relaciones, pasadas y presentes, entre Estados Unidos y la América española.

Señor director de "The Commoweal".
Nueva York.

En el número del 21 de marzo de ese excelente semanario católico, veo un trabajo del Rev. Edwin A. Ryan, acerca del "Hispanismo"; y, en medio de algunas apreciaciones ponderadas y justas, encuentro que la orientación general adolece de cierta inexactitud y suspicacia tendenciosa.

Quisiera, pues, hacer llegar a usted y a todos los católicos norteamericanos, fraternalmente, la voz de un católico mejicano que refleja el sentir de millones. Creo que nuestro conocimiento recíproco—que ya va suscitándose—es una ingente necesidad para la buena comprensión y honrosa amistad interameri-

cana. Creo que los muchos hombres rectos de los Estados Unidos sabrán, con generoso espíritu de libertad y tolerancia, acoger y considerar nuestro punto de vista, expresado con lealtad, con sosiego, con propósito constructivo.

—o—

Nadie, absolutamente nadie quiere, ni en Méjico ni en país alguno del sur, que España asuma dominio político en América. Tampoco en España piensa nadie en tal fantasma. Con perfecta claridad, en veces altas y nobilísimas, lo han dicho reiteradamente el jefe actual del Estado español y muchos otros hombres representativos en el mundo de la política y de las letras. Nadie, con mediano conocimiento de la realidad, puede tra-
gar aquí tan gruesa invención.

Lo que llamamos Hispanidad no es cosa vinculada en particular con ningún régimen de la península o de América. Es una realidad más encumbrada y permanente. Es, por una parte, el espíritu hispánico: religión, lengua, cultura, estilo vital. Es, por otra parte, la gran familia de pueblos informada por ese espíritu.

Escribe el señor Ryan, refiriéndose a los Estados Unidos: "What is making Catholics in this country uneasy is that there seems to be an attempt to inject into Hispanism a religious element".



Paréceme que existe aquí un yerro fundamental: no hay que inyectar elemento religioso en el hispanismo; el hispanismo es, sustancialmente, religioso; es, medularmente, católico. Sin este "elemento", no hay espíritu hispánico, no hay Hispanidad. Por definición la cosa es así. Puede gustar a unos y a otros no: pero, objetivamente, por una causalidad histórica y psicológica de siglos, así es.

Y ello no implica vincular a la Iglesia con una causa política, como también escribe el señor Ryan. Porque la Iglesia, como tal, nada tiene que hacer en esto; y la Hispanidad, como tal, no es propiamente una "causa política", sino algo más elevado y más profundo, que sobrepasa la mera política circunstancial, movediza, contingente.

Nosotros queríamos que los hombres de pensamiento y de buena voluntad de los Estados Unidos se allegaran a estudiarnos y convinieran con nosotros en ciertos hechos indiscutibles, que de ninguna manera invocamos para el resentimiento, pero sí para el discernimiento. Los angloamericanos de valía, penetrados y convencidos de nuestra verdad, pueden hacer mucho en su país, por vías democráticas, para que la política de la Casa Blanca hacia nosotros sea verdaderamente comprensiva, sinceramente respetuosa y amigable. Con ello nada perderán materialmente los Estados Unidos; y moralmente ganarán.

Es un hecho que lo que en los textos de historia hispanoamericana llamamos Independencia, marcó nuestra separación política de España, pero también una desintegración, una fragmentación que convirtió en numerosas entidades débiles lo que antes era un todo compacto y poderoso. Y esta división y debilidad fué primero fomentada y luego utilizada por Washington para infiltrar su influjo y afianzar su primacía sobre los nacientes Estados hispanoamericanos.

Ese influjo y primacía ha ido acrecentándose con el tiempo en casi toda América, y ha tenido serias manifestaciones de agravio. Nosotros, mejicanos,

sufrimos la segregación de Tejas; luego la injustísima guerra de 1847, seguida de la pérdida de medio territorio; la ocupación de Veracruz en 1914; la "expedición punitiva" en 1916. Y nuestra política interna tiene que contar quiéralo o no, con la prepotente inclinación de Washington, que muy a menudo ha apoyado regímenes tiránicos y sangrientos, como hace poco el de Calles.

Lo de Panamá en 1903 a costa de Colombia, y los sucesos de Nicaragua, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y demás, evidencian históricamente que las naciones hispanoamericanas han sufrido merma en su autonomía o en su territorio, merced a la política internacional que los Estados Unidos han venido siguiendo para su propio engrandecimiento.

Con estos antecedentes innegables, ¿no es lógico, no es razonable, no es natural que los hispanoamericanos vean con patriótico temor el desbordamiento de la influencia norteamericana en sus países, los cuales carecen en su relativa debilidad, de eficaz salvaguarda contra el posible exceso del poderoso?

Por supuesto que nosotros también tenemos culpa, y culpa grave. Nunca faltan elementos míopes, o plegadizos, o interesados, que favorecen lo que deberían rechazar. Pero esta complicidad del débil nunca sería, sin el halago o amago del fuerte.

Y así como en el orden político y material, en el del espíritu.

La prepotencia de los Estados Unidos en su expansión espiritual hacia el sur, se ha caracterizado por ciertas manifestaciones ingratas. Digamos tres.

1.— La propaganda protestante, sembradora de desunión, más a menudo hiriente que apostólica —como se ve en sus órganos periodísticos—, hecha a veces en connivencia con regímenes perseguidores de la fe nacional, y siempre exótica y desagradable para pueblos de unanimidad católica, en donde los disidentes son incrédulos pero no quieren otra religión.

2.— El contagio de modos y costumbres no encomiables —divorcio, bar femenino, jazz, etcétera—, que contradicen y deplorablemente van suplantando nuestra mentalidad, nuestra sensibilidad, nuestra tradición.

3.— Cierta tendencia a hiperbolizar lo indígena y a deprimir lo hispánico, fomentando una especie de antagonismos entre elementos que precisamente la Hispanidad hermanó en generoso mestizaje, y socavando a la sordina lo más entrañable, resistente y preclaro de nuestra cultura.

Defender, valorizar, poner en obra este egregio patrimonio espiritual, es lo que quiere la Hispanidad. La Hispanidad, que no es sino la Mejicanidad, la Peruanidad, la Argentinidad, etcétera, engrandecida en visión más enchurosa y abrazadas en vínculo fecundo con sus hermanas de estirpe.

La Hispanidad, es sencillamente, una tendencia natural, un aire de familia, una lógica y espontánea actitud vital.
QUE A NADIE OFENDE.

La Hispanidad no es enemiga de los Estados Unidos. Quiere con éstos, sinceramente, amistad; amistad digna, decorosa, mutuamente fructífera. Lo que no quiere—aunque se envuelva en mantos lisonjeros—, es deformación y subordinación.

Esto es tan sensato y honorable, que de ninguna manera puedo ofender a los norteamericanos honorables y sensatos.

Y lo que nosotros pedimos es que se comprenda nuestra posición; que nuestros hermanos de Norteamérica perciban, sostengan, difundan estas verdades; que trabajen en la opinión y ante el Gobierno, democráticamente, para que la política internacional de su país se encamine por rutas verazmente tranquilizadoras, auténticamente respetuosas y amigables hacia los países del sur.

Nosotros no queremos erigir en barrera y prevención, un pasado amargo. Y lo olvidamos en cuanto implique resentimiento; más no debemos olvidarlo en cuanto implique lección. Si la historia es maestra de la vida, hemos de tomar a viso y conducta del pretérito, para enderezar el presente y vivificar el porvenir.

A l f o n s o J u n c o